



CAPÍTULO I

VOCACIÓN DOMINICA

—Nos ha hablado de su vida de filósofo, pero Ud. es sin duda ante todo un hombre que ha encontrado a Dios. Ud. es católico y decidió de muy joven entrar en la Orden dominica. ¿Qué es lo que motivó esta vocación?

—Educado dentro de una familia profundamente cristiana, yo pensaba desde hacía mucho tiempo en la vida religiosa, porque me parecía que el Evangelio no podía ser vivido plenamente más que en un don total a Jesús, ¡no porque yo encontrara mal la vida de matrimonio! Mis padres se amaban mucho, por lo que me dieron ejemplo de una profunda compenetración y de un verdadero amor; alrededor de mí tenía ejemplos de matrimonios verdaderos y hermosos, más exactamente verdaderos hogares. Lo que me condujo a la vida religiosa es el Evangelio y el deseo de ser cada vez más dócil a la acción del Espíritu Santo y de estar cada vez más unido a Cristo.

Cuando entré, joven (dieciocho años), lo único que me gustaba eran las matemáticas, como se lo dije antes¹. Lo que más me habría gustado hubiera sido continuar las matemáticas durante algunos años. Mas pronto sentí in-

¹ Ver p. 43.

teriormente que no debía tardar. Al momento de entrar, los amigos (buenos amigos, buenos camaradas) que habían hecho Matemáticas Elementales conmigo y deseaban continuar conmigo me preguntaron, me acuerdo muy bien: «¿Estás seguro de tener vocación?». Para responderles tomaba siempre el pasaje del Evangelio –que tanto ama el Santo Padre– en que se ve a Jesús frente al joven rico, quien le pregunta lo que hay que hacer para ir más lejos. Jesús le pide que lo deje todo y que le siga... y el joven no tiene fuerzas para seguirle. El Evangelio nos dice que se fue triste². Para mí, a aquella edad, fue un pasaje muy elocuente, y lo sigue siendo.

El criterio de la vocación es un criterio negativo, no un criterio positivo. Yo no entré por causa de la liturgia. Conocía Solesmes y los Benedictinos, pero no me veía apostando toda mi vida por la liturgia. Tampoco entré por la doctrina: a esa edad me gustaban las matemáticas, no conocía nada de filosofía ni de teología. En el fondo, si seguimos a Cristo, es por Él; pero, como no vemos a Cristo, no tenemos experiencia humana de Jesús, pues no se puede tener sino un amor interior que nos escapa; el único criterio para seguirlo es que, si rehusamos, si decimos no a ese llamamiento que sentimos en lo hondo, no podremos seguir mirando a Jesús de igual modo. Yo me dije: «Ya veré más tarde, cuando haya hecho mi teología, si esta respuesta era la buena». Era la respuesta que daba siempre. Y trabajando la teología, reflexionando sobre la cuestión de la vocación, he visto que era, en efecto, el criterio más fuerte. Una vocación se decide directamente con Jesús y con nadie más, es un llamamiento personal de Cristo. Claro está que, si hay un sacerdote que apreciamos mucho y que nos conoce bien, podemos hablarlo con él; pero, en definitiva, somos nosotros mismos los que nos comprometemos y los que comprometemos toda nuestra

² Mt 19, 22.

vida en una orientación que sabemos no será fácil. Porque no hay nada que hacer: es el misterio de la Cruz de Cristo el que uno decide abrazar y, cuando se es joven, no es para reír.

Consideré, por tanto, que era lo que debía hacer: si no lo hubiera hecho, habría faltado a ese llamamiento de Cristo. Y estudiando he visto que este argumento negativo era, en efecto, el más fuerte que existía, lo que siempre sucede cuando se trata de discernir lo sobrenatural, que trasciende el punto de vista de nuestra psicología humana y también nuestras reflexiones filosóficas y teológicas. Se está en presencia de un vínculo con Jesús, de un vínculo personal. Es, en el fondo, un amor de amistad. Jesús nos ha escogido primero³. Lo sabemos y respondemos, o al menos tratamos de responder, deseamos responder. Esto es lo que me parece determinante.

Por cierto que no era fácil en el contexto dado, porque mi familia era numerosa: doce hijos; yo el octavo. Es un lugar difícil de ocupar el tener siete hermanos y hermanas por delante, tanto más cuanto que tres de mis hermanas ya se habían comprometido en la vida religiosa por la vía contemplativa: dos como benedictinas y una como dominica, y dos de mis hermanos ya habían entrado con los Dominicos. ¡Me encontraba muy bien rodeado! Tenía por el lado de mi madre una tía carmelita, priora del Carmelo de Lille, y otra tía Hija de la Caridad, tremendamente activa, como buena Hija de la Caridad, maravillosa en generosidad y don de sí misma. Por el lado de mi padre, tenía también una tía Auxiliadora del Purgatorio, misionera en Shanghai. Estaba, realmente, bien rodeado; pero, cuando se está así de rodeado y se es joven, el tema de la vocación es todavía más difícil, contrariamente a lo que la gente cree. Los psicólogos dirán siempre: «No es sorprendente que Ud. tenga vocación, teniendo en cuenta el ambiente

³ Ver *Jn* 15, 16 y *1 Jn* 4, 10.

en que se mueve». Para ellos el ambiente determina, cuando en realidad condiciona, no determina. Dan ganas de decirles: «¿No se dan cuenta Uds. de que a los diecisiete o dieciocho años no se tiene ningún deseo de seguir a los demás como borrego?». Es exactamente lo contrario: «¿Ha hecho Ud. eso? ¡Pues yo haré otra cosa! Después de todo, ya son suficientes, no vale la pena añadir más».

Es necesaria en ese momento una gracia muy fuerte, yo lo sentí, pues hay una exigencia interior muy fuerte. Yo dije: «¡Como sea! La cuestión no es si tengo primos, hermanos... que han tomado la decisión. Soy yo, y yo solo, quien la ha tomado con Cristo. Lo demás me es igual». Yo creo que eso es muy importante, porque las cosas funcionan a la inversa de lo que se dice al ver un contexto familiar similar a este. Cuando uno se ha convertido, efectúa necesariamente una ruptura con su ambiente. Ahora bien, es más fácil romper con su ambiente que trascender un buen condicionamiento familiar, ¡que en mi caso era notorio! Puesto que cinco ya se habían dado al Señor, yo no hacía nada original al dejar el mundo por Jesús, ¡al contrario! Así que eso no sorprendió a nadie, ¡si bien a uno le hubiera gustado sorprender a alguien! No hacía sino seguir, repetir, incluso.

Entré a poco de cumplir los dieciocho. Estaba firmemente decidido a entrar, pero no enseguida. ¡Realmente no quería entrar tan pronto! Así que gané un poco de tiempo; yo podía haber entrado dos meses antes, pero remoloneé por un tiempo; no creo que Dios me lo tome en cuenta; en cambio, me dejó remolonear. Pero, una vez dentro, puedo decir que no me he arrepentido un solo día de haber entrado, lo cual –afortunadamente– continúa, porque, al no haber entrado por tal o cual otro motivo, no podía quedar decepcionado. ¡No sabía siquiera adónde había entrado! ¡No quise hacer siquiera un retiro previo para «ver»! Entré cabizbajo. Me dije: «¡Hecho está!», y nunca me he sentido decepcionado, siempre me ha pare-

cido maravilloso lo que he recibido. Nunca hubo un momento en que me arrepintiese. Y, cuando se entra en una orden religiosa, uno encuentra hermanos. No se entra por ellos, sino que nos son dados gratuitamente y eso también es maravilloso. Algunos son un poco pesados, ¡pero qué remedio! Otros, al contrario, te sorprenden.

—¿Por qué escogió la Orden de Santo Domingo?

—¡Por descontado, no porque ya tuviese en ella dos hermanos!

—¡Ah sí, es verdad: Ud. ya tenía allí dos hermanos!

—Sí, el padre Thomas y el padre Réginald (Evrard, que iba justo antes que yo). Es él quien me produjo mayor pánico. Yo me dije: «¿Pero qué pinta este aquí? ¿Por qué entró? Mejor que haga otra cosa y me deje tranquilo». Porque yo ya me había decidido a entrar, pero no quería hacerlo de inmediato.

—¿Entonces por qué entró con los Dominicos?

—Pensaba siempre en los Dominicos, no pensé más que en los Dominicos, no quería más que a los Dominicos, en esto la influencia de mi anciano tío, el padre Dehau, seguramente ha jugado un papel muy importante.

Me acuerdo muy bien: yo tenía trece años cuando mi hermano, el padre Thomas, me dijo, como una gran noticia, que entraba con los Dominicos. Yo le dije: «¡Ya sabía que entrarías con los Dominicos, no me sorprende!». Él me dijo: «¡Sin embargo dudé!». Le dije: «Es ridículo que dudes, ¿a dónde querías entrar?». —«¡Hum, no lo sé! Dudaba, me preguntaba si no debería entrar con los Jesuitas». Yo le dije: «¿Entrar tú con los Jesuitas? ¿Qué es lo que vas a hacer? ¡Tú debes entrar con los Dominicos y ya está!». No es, pues, el padre Thomas quien me determinó, es el padre Dehau.

—*¿Quién era el padre Dehau? Parece haber tenido una gran influencia en su vida.*

—Bueno, sí: mi hermano, el padre Thomas, también me influyó, pero la influencia del padre Dehau fue mucho más profunda. El padre Dehau, nacido en 1870, era el padrino de bautizo y hermano mayor de mi madre; la quería mucho y mi madre a él igual. Era el hermano mayor de ocho; él y yo no teníamos, pues, la misma situación. Comenzó sus estudios con los Padres Jesuitas, en Lille, pero tuvo de abandonarlos a los catorce años por causa de su vista, tenía los ojos muy degradados. Le dijeron en ese momento: «Si Ud. continúa estudiando, perderá la vista; necesita regresar a su casa». Entonces mi abuelo, quien como muchos hombres de su tiempo sabía perfectamente el latín y el griego y tenía mucha libertad (había hecho los estudios de jurista), lo preparó para el «bachot» [Nota del traductor: examen que finaliza los estudios secundarios]. Mi tío lo sacó con mención «Muy bien» y las felicitaciones del jurado.

El padre Dehau era muy artista, era un músico nato, tenía un sentido extraordinario de la música y la amaba locamente. Quería mucho a Bach, pero también a Wagner. Wagner, era la música de sus diecisiete años. Sus padres lo habían enviado a Bayreuth... Había dudado mucho entre dedicarse a la música o consagrarse a Dios. Me lo dijo más de una vez: «¡No me veía para nada de clérigo! Me decía a mí mismo: ¿Qué voy a hacer allá dentro?». Sin embargo él sentía que se debía consagrar a Dios, por lo que tomó rumbo a París, al gran seminario de Issy-les-Molineaux y, a pesar de su mala vista, como tenía una extraordinaria memoria, le fue fácil.

No se me olvida un pequeño suceso que me contó el padre Dehau. Cuando tenía siete años, su padre –o sea, mi abuelo– dijo a uno de sus amigos delante de él: «Hay en la humanidad un gran genio, Tomás de Aquino, un hombre prodigioso que ha tenido una gran influencia», y se puso a hablar de Tomás de Aquino. El padre Dehau, con siete

años, se dijo: «Cuando sea mayor, lo estudiaré». La vocación del padre Dehau, que data de cuando tenía siete años, fue Tomás de Aquino.

Pero mi abuelo era oblato benedictino, por lo que estaba mucho más bajo la influencia de los Benedictinos. Había recibido de una de sus tías una gran fortuna que le había sido legada para comprar bienes expropiados a la Iglesia y restituírselos a las familias religiosas, o bien fundar obras. Es así como él rescató la abadía Ligugé y aun otro lugar, la abadía de Lessay, pero los monjes no las quisieron. Comoquiera, les dejó cincuenta años para decidirse, pasados los cuales, de acuerdo con su testamento, sus descendientes lo heredaron.

Así que mi abuelo estaba bajo influencia benedictina y su hijo, el padre Dehau, entró con los Dominicos. ¡Claro que mi abuelo hubiera querido que su hijo entrara con los Benedictinos! Pero no era exactamente el mismo tipo de inteligencia. Finalmente el padre Dehau terminó sus estudios en el seminario mayor de Issy-les-Molineaux, donde se ordenó sacerdote a los veinticuatro años (en 1894). Debido a que tenía –por su edad– la posibilidad de estudiar todavía un año y que no sabía muy bien adónde ir ya que era de la diócesis de Lille, lo enviaron a la universidad de Friburgo. Fue el primer francés inscrito en la facultad de teología de Friburgo, y es ahí donde «atrapó» su vocación dominica, con un pequeño detalle excelente que a menudo me contaba. Él se dirigía, o al menos se confesaba, con un dominico del Albertinum, convento donde viven los Dominicos que enseñan en la universidad. Un buen día él le preguntó: «Para la ceremonia que va a tener lugar, ¿debo ponerme guantes?». Se percibe la pregunta de un sacerdote joven con una buena educación (como podía uno ser en aquella época) y deseoso de seguir los cánones. El padre dominico en cuestión le respondió: «Señor cura, sí, es mejor llevar guantes; pero cuando sea dominico ya no necesitará llevarlos». Entonces el padre Dehau le dijo:

«¿Lo dice en serio?». El otro respondió: «¡Evidentemente! Su lugar está con los Dominicos, solo allí estará Ud. bien». El padre Dehau objetó: «¿Y mis ojos?» —«¡Escuche! Sus ojos no cuentan. Dado como comprende a santo Tomás, como ama la doctrina de santo Tomás, es con los Dominicos que debe entrar, aun si ya no puede leer».

Para el padre Dehau eso fue como el gatillo. Poco tiempo después, en 1896 (a los veintiséis años) entraba con los Dominicos. Fue rudo. Un noviciado bastante curioso, con un montón de detalles que podría contar, porque él era ya sacerdote. Cuando entró, era un momento difícil. No sé exactamente dónde estaba ubicado el noviciado en esos difíciles años. Como sea, pasó por el noviciado y enseguida hizo estudios. Tan pronto terminó sus estudios lo enviaron a Friburgo, en donde fue, por petición del Padre general (en ese entonces, el padre Cormier), el primer profesor de pastoral (se creó la cátedra para él). Él tenía un gran amor por Friburgo, del cual guardó recuerdos extraordinarios. Pensaban que podría enseñar, pero él repuso: «Con mis ojos, ¡imposible! Predicar, sí, pero no enseñar».

Se dirigió entonces a París: fue, por cierto, uno de los primeros en volver a Francia una vez finalizadas las expulsiones. Conoció las expulsiones cuando estaba en el convento de Lille. Me contó atractivos detalles de aquel momento en que se dejó a cada uno la libertad de dejar la Orden y de integrarse al clero diocesano. A los que no querían dejar la Orden, se les daba una pieza de cinco francos, diciéndoles: «¡Arréglenselas!». Y así se fueron. Él se dirigió a Bélgica. Su hermana, Hija de la Caridad, estaba en Blandain, muy cerca de la frontera. Fue allí y pasó todo el tiempo de la guerra; después volvió a París, primero a un apartamento (calle Vaneau), después al convento Saint-Jaques, donde predicó mucho, principalmente a un pequeño grupo de gran calidad que le seguía con mucho amor: Stanislas Fumet, Julien Green, André

VOCACIÓN DOMINICA

Frossard, Jacques y Raissa Maritain, entre otros. Como, debido a sus ojos, solamente podía predicar y en París no hay predicación durante el mes de agosto, venía siempre a pasar sus vacaciones (o al menos lo que él consideraba como vacaciones) a casa. De esa manera, como no podía leer, yo le serví de lector de los seis a los cuarenta años. ¡No está tan mal! Hubo años en los que no le pude servir de lector, estando yo en el noviciado y durante los estudios, pues por entonces yo no regresaba asiduamente a casa, pero de los seis a los diecisiete o dieciocho pude cada año, y más tarde lo retomé.

—¿Leía Ud. a santo Tomás a los seis años?

— ¡No, no! En ese tiempo el padre Dehau nos hacía leer diversos libros. Todos le servíamos de lector sucesivamente y había momentos en los que uno se detenía, él daba explicaciones y conversaba. Había un contacto muy profundo, nosotros lo venerábamos por su inteligencia. Era maravilloso tener, a los seis años, contacto con alguien tan inteligente. Estaba allí para nosotros; nosotros también para él, pero él estaba allí para nosotros. Este contacto era de orden humano, pero también de orden sobrenatural, de orden divino, evidentemente. Él tuvo así un papel muy simple, pero como un maestro: era nuestra referencia, de suerte que, cuando tuve que hacer mi retiro de fin de estudios con los Padres Jesuitas, estando internado en Lille para mis estudios clásicos, le dije al padre Dehau: «Voy a hacer mi retiro de fin de curso. ¿Tengo que decidir algo?». Era la Pascua. El padre Dehau me dijo: «Muy bien, vete a hacer tu retiro de fin de estudios; pero te pido una cosa: ve con la resolución de no tomar resolución alguna». Eso me venía muy bien, ¡lo encontré maravilloso!

Comencé, pues, ese retiro, en el cual el predicador tenía por misión el verse sistemáticamente con todos los participantes. Este padre, muy inteligente, estaba allí con un gran deseo de orientarnos. Cuando me tocó el turno de

verlo, me preguntó: «¿Qué quiere hacer Ud.?». Yo simplemente respondí: «Mire, yo creo que me haré religioso uno de estos días, pero previamente quiero estudiar matemáticas». Entonces él me miró seriamente y me dijo: «Veo bien lo que le falta: venga a verme mañana». En ese momento me vinieron a la mente con suma fuerza las palabras del padre Dehau y me dije (interiormente, por supuesto): «Pues bien, mi viejo, ¡ten la seguridad de que no me verás!». Porque yo me dije: «Si voy, quizá él, pensando discernir mi vocación, me va a decir que debo entrar en la vida religiosa y en tal lugar, pero, si no deseo hacer lo que me dice, tal cosa me quedará como un rechazo que me impedirá conservar toda mi libertad interior». Así es que no lo fui a ver.

El padre Dehau, después del retiro, no me dijo nada; solamente me inquirió si todo había estado bien. Yo le dije: «Obedecí exactamente lo que me pidió», y me callé. Nada más. Él mismo me dijo, al final: «Quizá sea el tiempo para que te decidas». Y añadió: «Pero... vas a entrar con los Dominicos, ¿no?» —«¡Claro!», le respondí. —«Pues bien, vale más que entres enseguida, te lo aconsejo». Aquello fue como tener el cuchillo en la garganta... y entré enseguida. Y no lo he lamentado.

—*De manera general, ¿cuál es la vocación dominica?*

—Cuando informé al vicario de mi parroquia de que yo iba a entrar con los Dominicos, él me dijo simplemente: «Ud. sabe que también se tienen muchas gracias y mucho gozo en ocuparse de gente más humilde». A lo que yo respondí: «¡Pero yo no entro con los Dominicos para ocuparme de gente sesuda!». —«Verá que esa es la ocupación prioritaria de los Dominicos».

En realidad, los Dominicos, tal como yo los veo, no son así en modo alguno. Yo veo a los Dominicos como contemplativos y gente que gusta de reflexionar sobre la Palabra de Dios y comunicarla. Yo veía al padre Dehau

VOCACIÓN DOMINICA

como a una gran figura dominica. No era el único dominico que conocía, debido a que mi hermano, el padre Thomas, había entrado algunos años antes (hay siete años de diferencia entre nosotros) pero el padre Dehau seguía siendo para mí *el* dominico, y es por medio suyo que comprendí lo que es la vida dominica. Para el padre Dehau estaba claro: el dominico es un contemplativo consagrado a Jesús, un contemplativo que asume la doctrina para poder comunicarla a los otros; no una doctrina seca, sino amante y amada, capaz de ser comunicada a los demás; esto es, contemplar los misterios para poder comunicarlos a los otros, de mil modos. La vida dominica era por aquel entonces una vida muy regular, muy bella.

Tuve en Amiens un noviciado sencillo del que he guardado un recuerdo maravilloso de sencillez, de gracia con Dios. Y fue al mismo tiempo un noviciado muy rico. Yo era el más joven, pero la mitad tenía menos de veintitrés años y la otra mitad más, hasta los treinta y dos. Los más jóvenes eran consentidos por los mayores, y entre los mayores estaban el padre de Menasce (que ya había recorrido mundo) y Gabriel Buch, un suizo cuya madre era una Reinhardt. Este había frecuentado, en el colegio donde había cursado sus estudios, la antigua aristocracia europea y las familias más ricas a la vez.

Tuve, pues, un noviciado maravilloso; no digo que no haya sido duro a veces, pero era de una sorprendente riqueza humana, con hombres verdaderamente de gran calidad. Enseguida vinieron los estudios, ya no en Amiens, sino en el Saulchoir, en Kain, Bélgica. Estudios sencillos, como se hacían en ese tiempo, ¡pero se trabajaba! Al menos, en cuanto a mi persona, me entregué a fondo, porque el padre Dehau me decía que había a toda costa que trabajar. Gracias a Dios, al cabo de dos años de estudios me sobrevino una gran fatiga y el padre Chenu, regente de estudios, intervino en mi favor: «¡Es necesario a toda costa que se tome un descanso!», por lo que me fui a des-

cansar al lado del padre Dehau. Retomé la lectura. Esta vez fue de filosofía y de teología. Era maravilloso reencontrar al padre Dehau bajo otro prisma, reencontrarlo como hermano, en cuanto dominicos. Pasamos un mes sorprendente de gracia y de trabajo intelectual. El padre Dehau me dijo entonces: «Es necesario entrar a fondo en la metafísica, porque la metafísica nos permite hablar de la Virgen María. Tú *debes* hacer metafísica para poder hablar de la Virgen María y poder comunicarla a los demás». El padre Dehau me animaba enormemente en los estudios; en la vida religiosa, en la vida contemplativa, en la oración, en el misterio de María, desde luego, pero también en los estudios. Cuando entré al noviciado, él me dio estas palabras de orden que siempre he guardado: «O bien se está en el Cielo o, si no, se trabaja». ¡Ello no quería decir que no hubiera que dormir ni comer! El padre Dehau era muy realista, tan solo quería decir que no hay que perder tiempo: o bien se ora, o bien se trabaja.

—*¿Era el padre Dehau un gran espiritual?*

—Yo más bien diría un gran místico, e incluso muy grande. De gran sencillez, ¡pero qué profundidad! Cuando uno había frecuentado a alguien como el padre Dehau, ya no le quedaban muchas ganas de ponerse bajo la dirección de otros. Se tenía una gran luz y amor por santo Tomás. El padre Dehau no conocía a Aristóteles, pero, cuando le dije más tarde: «Quiero regresar a Aristóteles», él me respondió: «¡Muy bien, hazlo, lo necesitas!». Algunas veces le comunicaba tal o cual otra cosa que no comprendía bien de la filosofía de Maritain. Por ejemplo, un día le dije que no comprendía la manera en que Maritain distingue individuo y persona. A esto el padre Dehau estalló en risas: «¡Soy yo quien le dijo a Maritain decir eso! Y ahora explícame, dime un poco por qué no está del todo bien». Yo se le expliqué y él me dijo: «Tienes razón, tienes razón».

—¿Estaba próximo a Maritain?

—Era el director de conciencia de Raissa, la esposa de Maritain, por consiguiente él conocía a Maritain, y este tenía por el padre Dehau una gran veneración. El padre Dehau no era su director, pero Maritain le tenía un gran respeto y un gran amor.

Al mismo tiempo con el padre Dehau, estaba en el noviciado el padre Garrigou-Lagrange quien, antes de entrar en la Orden, había hecho dos años de medicina y, apasionado por la biología, tenía una idea en la cabeza: reformar todo el pensamiento de santo Tomás en función de la ciencia biológica contemporánea. El padre Dehau (que había conocido a santo Tomás antes de entrar en la Orden) le hizo comprender la diferencia entre la biología y el pensamiento de santo Tomás, por eso el padre Garrigou decía: «Todo buen conocimiento que tengo de santo Tomás lo he recibido del padre Dehau». Cada año (y es así como yo lo conocí) venía a pasar algunos días junto al padre Dehau, por afecto a él.

Así, la vida dominica era para mí una vida de contemplación y estudio en el seno de una vida regular. Me consagré a fondo a los estudios. Durante mis quince primeros años de vida dominica estudié en verdad enormemente; afortunadamente, porque cuando fui enviado a Friburgo, si no lo hubiera hecho, no sé cómo me habría comportado.

—Usted estudió en el Saulchoir en un momento muy importante y sobre todo crítico de la Orden dominica, porque hubo la famosa condena del padre Chenu. ¿Lo conoció Ud. bien? ¿Qué tipo de relaciones tuvieron?

—Conocí muy bien al padre Chenu. Diría que lo conocí doblemente, primero porque éramos los dos dominicos, seguidamente porque él era regente de estudios cuando yo era estudiante y, además, porque ambos nos llamábamos Marie-Dominique, por lo que había un vínculo secreto, profundo. Siempre he querido mucho al padre Chenu, y

hasta el final, profundamente. Gracias a este hondo afecto y a esta mutua confianza (el padre Chenu era, en efecto, un gran religioso), yo le podía hablar abiertamente y decirle lo que pensaba. Él sabía bien que yo no estaba siempre de acuerdo con lo que decía, pero él quería que yo enseñara en el Saulchoir. Me había preguntado: «¿Qué quisiera Ud. enseñar?». Yo le respondí que me gustaría mucho enseñar dogma. Él dijo: «De acuerdo; porque para enseñar el dogma hacen falta metafísicos. Si no hay metafísica, no hay dogma (era lo bastante clarividente para ver eso) ¡y yo mismo ya no tendría razón de existir! Porque yo estoy aquí para mostrar que hay otra manera de interpretar el dogma: ¡el punto de vista histórico! Si ya no existe la materia metafísica, no vale la pena seguir, porque, si el ser ya no existe, ¡el devenir tampoco!». El padre Chenu captaba bien eso, porque era muy inteligente. Me acuerdo de su curso sobre Orígenes: ¡era extraordinario!

—¿Acaso era hegeliano el padre Chenu?

—Sí, pero sin saberlo, porque no conocía a Hegel. En filosofía, no iba muy lejos. Era muy fuerte del lado histórico, mas no del filosófico. Sin embargo, era lo suficientemente inteligente para saber que, si no se afirmaba la finalidad y la búsqueda de la verdad en toda su fuerza, la búsqueda del condicionamiento no tenía mucho interés. Evidentemente era absorbido por eso, estaba muy preocupado por todos los problemas contemporáneos, y es ahí quizá donde me habría reprochado el no ser demasiado contemplativo, porque nunca se es demasiado contemplativo, sino el estar demasiado absorbido por una búsqueda de verdad metafísica. Con todo, él reconocía siempre su necesidad y nunca me criticó sobre ese punto, jamás. Son sus discípulos los que comprendían menos, no él mismo: él sí comprendía la necesidad de esa búsqueda de la verdad por sí misma y siempre me sostuvo en ella. Cuando le

dije que en teología yo trabajaba a Aristóteles, y que lo trabajaba con ahínco, me dijo: «¡Muy bien! Es preciso entrar en el pensamiento de Aristóteles». Porque como historiador él reconocía la importancia de Aristóteles para el pensamiento de santo Tomás. Él se sentía feliz de que yo buscara en Aristóteles una verdad filosófica, una verdad de filosofía primera, metafísica. Él me impulsó, pues, hacia ella, jamás me frenó por este lado.

Había en el padre Chenu el personaje que todo el mundo veía y del cual se hacía un poco un revolucionario, pero también había en él el religioso contemplativo y alguien que quería mucho a santo Tomás. Él sabía que santo Tomás quería a Aristóteles y que la grandeza de santo Tomás consistía en su regreso a Aristóteles. El padre Chenu consideraba esto un poco como el aspecto revolucionario de santo Tomás. En realidad no es un aspecto revolucionario, es sencillamente un amor a la verdad. Algunas veces es necesario romper con todos en torno nuestro para buscar la verdad: yo creo que es lo que hizo santo Tomás y es lo que hay que hacer en circunstancias particulares, en las que uno ve que ya no se busca la verdad, y aceptar estar solo, aceptar caminar solo. Como dice Péguy, el que busca la fuente debe aceptar estar solo. Es verdad, pero al mismo tiempo uno tiene amigos muy fuertes: todos los que buscan la verdad. Yo he tenido tales amigos: Dom Jean-Baptiste (cartujo), el Padre Godin (primer sacerdote-obrero), Marta Robin. Tres personas muy diferentes, pero que eran verdaderos amigos.

—*¿Y ha habido otros dominicos que lo hayan marcado?*

—Sin hablar de mi tío el padre Dehau y del padre Thomas, podría también nombrar al padre Ramírez, a quien traté por un tiempo en Friburgo (donde él era profesor de teología moral) y a quien le hice algunas preguntas, porque Ramírez era todavía uno de esos antiguos dominicos españoles a la manera de Báñez, ¡un antiguo, pero gran

escolástico! Cuando le dije: «Creo que ya no se puede enseñar filosofía como se ha venido enseñando en la tradición de la Orden, es decir, de manera escolástica», él me miró y me dijo: «Explíquese un poco». Le mencioné algunos puntos, y en particular este: «Se hacen confusiones enormes, como comenzar la metafísica por los trascendentales; eso es de Suárez, no de santo Tomás. Los trascendentales, en santo Tomás, son de una perspectiva crítica y no se debe empezar la metafísica por la crítica. Si se comienza de esa manera, ya no se puede salir. ¡Es necesario recomenzar todo!».

Le desarrollé así las cuestiones que yo mismo me planteaba y fui muy afortunado de encontrar un dominico que, tras haber enseñado filosofía durante largos años y después teología moral, me dijo: «Sí, Ud. debe continuar por ahí. La escolástica se acabó. Yo estoy involucrado en ella, yo continúo, pero se acabó, hay que reiniciar todo en filosofía». ¡Y me sostuvo de manera tal que los demás no salían de su asombro! Todas las noches, en el Albertinum, Ramírez, que, a decir del padre De Menasce, no salía jamás de su celda, venía a discutir largamente conmigo. Un buen día, el padre De Menasce me dijo: «¿Qué le pasa a Ramírez? ¡Viene todas las noches con Ud.!». Yo le respondí sonriendo: «Es porque hacemos filosofía juntos». Eso dejó muy sorprendido al padre De Menasce. A mí eso me sorprendía menos, ¡porque yo no conocía las costumbres de Ramírez! Parecía un viejo lobo que siempre estaba en su rincón, en su cueva, pero era en verdad alguien con una gran inquietud, un gran deseo de la verdad. Comprendía que había que ir hacia algo muy nuevo, que implicaba, de hecho, un regreso a algo muy antiguo, pero sintiéndose libre para desprenderse de la escolástica decadente y retomar algo muy radical. Era categórico. Además, empeñado en la búsqueda de la verdad, había leído todo Aristóteles y todos sus comentaristas, santo Tomás y todos sus comentaristas (Cayetano, Juan

de Santo Tomás, Nazario, Juan Capreolo, etc.) y toda la filosofía moderna. Un buen día me dijo: «La filosofía que nació a partir de Descartes no me ha hecho descubrir ningún nuevo principio. Se queda en descripciones; es interesante, ¡pero no hay un solo principio!». Era maravilloso para mí que alguien como Ramírez estuviera allí, en el interior de la Orden, para decirme: «Sí, siga por ese camino, no son los modernos los que nos darán una nueva verdad. Es necesario leerlos para saber lo que el mundo de hoy piensa, ¿pero qué le darán como nuevo descubrimiento acerca del hombre?». Era una maravillosa confirmación, por ello ese encuentro con Ramírez, durante por lo menos cuatro meses, en Friburgo (pues tuvo que volver luego a Salamanca para ser rector de universidad), fue para mí un acontecimiento maravilloso.

—*¿Podríamos regresar al padre Chenu? Me parece que no ha terminado.*

—Sí, volviendo al padre Chenu, cuando yo le decía: «¡Cuidado! Ahí está Ud. dentro de perspectivas que ya no implican una búsqueda de la verdad», el padre Chenu se escurría diciendo: «Yo no soy filósofo». Se escurría, no quería mucho... Pero me encontraba junto a él —fue un momento muy especial— cuando se enteró por la TSF [comentario del traductor: la radio] que Roma había rechazado su librito titulado *El Saulchoir, una escuela de teología*. Su inmediata reacción fue decir: «Si mi madre ha oído eso, ¡imagínese lo que ha podido significar para ella que su hijo haya escrito un libro y que Roma lo haya rechazado!». Descubría ahí el corazón del padre Chenu: su amor filial por su madre. Lo que lo hacía sufrir era la herida de su madre, no la suya propia.

Había también en él un amor muy profundo, muy fuerte por la Virgen María, pero no hablaba de ello. Por eso que, cuando hoy oigo hablar a algunos del padre Chenu, digo: «¡No! Ellos no saben quién era el padre

Chenu». Un poco como del Padre Godin. He escuchado a algunos hacer conferencias sobre el Padre Godin, pero esos no lo conocen, sino que lo ven del exterior. No saben que esos hombres eran ante todo hombres de Dios, que comprendieron lo que pasaba en el mundo de hoy, que la clase obrera estaba perdida para la Iglesia y que era necesario hacer todo lo posible para salvarla, dejar todo, como el buen pastor deja todo por las ovejas perdidas⁴. No veían que estos hombres estaban profundamente apegados a la búsqueda de la verdad, a Cristo, a la Virgen María, y que nosotros estábamos plenamente con ellos y que ellos, por su lado, estaban también de acuerdo en confirmar la búsqueda de la verdad a la que yo me consagraba. ¡No digo que el padre Chenu habría confirmado todo lo que yo hacía! No es eso lo que quiero decir, pero tuvimos encuentros que me permitieron captar que estos hombres eran mucho más profundos de lo que habitualmente se muestra. El padre Chenu era, ciertamente, alguien que buscaba la contemplación, lo que explica que jamás se hubiese rebelado, porque tenía un vínculo muy profundo con Cristo y con la Virgen María.

—*¿Podría decirnos más sobre la condenación de las tesis del padre Chenu, y dar su punto de vista sobre este período turbulento y agitado de la Orden Dominicana?*

—Conocí en ese tiempo un período sumamente doloroso, porque mi hermano, el padre Thomas, venía de Roma como visitador y yo formaba parte del convento del Saulchoir; fui, pues, visitado y formaba parte de esa «escuela de teología». La verdad es que, cuando el padre Chenu escribía *El Saulchoir, una escuela de teología*, había en el Saulchoir tendencias muy diversas. Estaban primero aquellos que querían profundamente a santo Tomás, porque se enseñaba metafísica en el Saulchoir y de manera

⁴ Mt 18, 12 ss.; Lc 15, 4 ss.

sería. Yo la enseñé durante varios años y los estudiantes escuchaban atentamente; tenía con ellos un contacto profundo, sin sombra de oposición. Incluso impartí filosofía varias veces en la Misión de Francia; no pude continuarla porque Roma no aceptó que un profesor fuera únicamente de manera ocasional; pero me habría interesado mucho seguir impartiendo una filosofía que, por lo demás, ellos encontraban viva.

A este respecto, evocaré aquí un diálogo que tuve con sacerdotes-obreros del Carmelo de Limoges, a donde iba a predicar. La Madre Priora me había preguntado si no me molestaría compartir la comida con sacerdotes-obreros que venían regularmente, ya no sé si cada semana o cada mes. Le respondí que, al contrario, estaría muy contento de encontrarme con ellos. Como yo iba en hábito, mientras que ellos iban en ropa de sacerdotes-obreros, de inmediato me preguntaron: «¿A qué se dedica?». —«Enseño filosofía en Friburgo». —«¿Qué filosofía?». Sabiendo muy bien lo que eso quería decir, les respondí: «¿Hay acaso para Uds. varias filosofías?». Así, en lugar de ser interrogado, yo los interrogaba... y ellos no sabían muy bien qué decir. Yo proseguí: «La filosofía, para mí, es la búsqueda de qué es el hombre y es tratar de decir cosas verdaderas. Uds. son sacerdotes-obreros para conocer al obrero; pues bien, yo hago filosofía para conocer al hombre. Uds. no pueden conocer perfectamente al obrero si no saben lo que es el hombre». —«Pero ¿cómo lo hace?». —«Yo busco las experiencias, como Uds. Uds. buscan la experiencia del obrero, yo busco las experiencias del hombre. ¿Cuáles son las grandes experiencias del hombre? Toda mi filosofía reposa sobre estas experiencias».

Y desarrollé eso. Ellos estaban ahí escuchando; fue algo sorprendente este pequeño curso de filosofía. De repente uno de ellos dijo: «¡Esta filosofía debe ser muy interesante!». —«¡Por supuesto! ¡Justamente por eso la enseño! Si no fuera interesante, no la enseñaría. No quiero

ser alguien que aburra a los estudiantes, ¿no vale la pena!». Y les dije: «¡Vengan!». Ellos respondieron: «Si estuviéramos libres, iríamos: nos interesa mucho escuchar esa búsqueda de qué es el hombre». —«No me sorprende, ya que ustedes están constantemente volcados en el planteamiento del obrero. Ahora bien, yo creo que no es el planteamiento del obrero lo que ustedes buscan en primer lugar, sino el del hombre». Cuando hablo en Friburgo a los secretarios de los sindicatos cristianos, católicos y protestantes, yo les hablo del hombre y les digo: «No olviden que su papel es el de reflexionar sobre el hombre». Un buen día, estos secretarios de sindicatos cristianos me dijeron: «Hemos oído que Ud. les habla, en París, a los empresarios; nos interesaría saber lo que les dice». —«Pues bien, yo les digo lo mismo que a ustedes, porque yo trato de ambos lados de superar el punto de vista del patrón o del obrero para redescubrir lo que es el hombre». Toda mi filosofía es eso y, gracias a ella, logro superar la oposición entre el comportamiento del obrero y el comportamiento del patrón para, más allá de la dialéctica hegeliana del amo y del esclavo, de la dialéctica marxista del patrón y del obrero, redescubrir la finalidad». Siempre pasa lo mismo, que nos quedamos a nivel de un comportamiento. Yo sé muy bien que este condicionamiento es pesado, que no es fácil superar el condicionamiento del obrero y el del patrón, pero el filósofo y el teólogo deben hacerlo, de otra forma ya no buscan la verdad. Yo creo que eso es lo que hay que hacer en nuestro tiempo, para ser un hombre que da la paz de Cristo.

—*Es interesante, ¿pero yo le había interrogado más precisamente sobre la crisis de la Orden Dominicana!*

—Me desvié a propósito porque no me gusta mucho hablar de la crisis de una Orden que quiero, a la que pertenezco y a la que quiero ser fiel. Conocí el Saulchoir en tiempos —si se puede decir— de mayor esplendor, en 1930-1931

(yo llegué en 1931). El padre Chenu era regente de estudios; mi hermano, el padre Thomas, profesor de filosofía, y había en ese tiempo en el Saulchoir una centena de estudiantes; no únicamente dominicos, también salesianos, los «negros», como se les llamaba por ir vestidos de negro, que venían para seguir los cursos. El Saulchoir tenía en ese tiempo una vitalidad muy grande, muy profunda; por tal razón, la enseñanza allí era sumamente interesante. La filosofía era enseñada por el padre Thomas, con una perspectiva escolástica muy sana y grande, la de Juan de Santo Tomás. ¡No era Aristóteles! Pero Juan de Santo Tomás representa como quiera, en la escolástica tomista, lo más grande de ella y el padre Thomas la enseñaba con mucho ardor, de manera extremadamente vívida. Para muchos estudiantes los dos cursos más vívidos eran los del padre Thomas y del padre Chenu, pues uno y otro ponían en su enseñanza un gran ardor. Si uno era lo suficientemente perspicaz, percibía que no coincidían del todo, pero yo diría que, en su modalidad exterior, estos dos cursos eran, cada uno, muy interesantes, porque el padre Chenu y el padre Thomas se mostraban, cada uno, convencidos en su búsqueda de la verdad.

Me gustaban mucho los cursos del padre Thomas... ¡una vez que empecé a comprenderlos! Había una especie de renovación tomista, gracias a Bergson. El padre Thomas quería mucho a Bergson. El padre Sertillanges, en teología, dialogaba con Bergson. Bergson, entre los filósofos de esa época, tenía un algo muy grande y bello, y el padre Thomas tenía una capacidad de intuición notable. Pocas veces he encontrado a alguien tan intuitivo como el padre Thomas, así es que estaba muy próximo a Bergson bajo este punto de vista, porque todo Bergson está en la intuición. Sin embargo había en él una gran fidelidad a santo Tomás y a Juan de Santo Tomás. Así, en el Saulchoir, la escolástica no estaba muerta para nada.

Había, evidentemente, ciertos profesores menos dinámicos; como siempre, hay unos más que otros. El profesor

menos dinámico (que no nombro) enseñaba la Historia de la filosofía griega. Para ilustrarlo les contaré un pequeño episodio: a un lado del salón de cursos había un estanque. Un buen día, en medio de su curso, todo el salón se encontró de pie, mirando por la ventana hacia una parvada de patos en el estanque, que les interesaba más a los hermanos estudiantes que el curso del profesor. Fue algo destacable: ¡todos a mirar! Tanto así que el profesor mismo se puso a mirar aquello que tanto les interesaba a los estudiantes... tras lo cual volvió a su curso. Estábamos en familia; el ambiente era muy familiar y muy bello en el Saulchoir.

También teníamos muy bellos oficios. Existía una prodigiosa vitalidad religiosa, respecto a la cual el padre Chenu no estaba para nada en oposición; todo lo contrario. Era un hombre profundamente religioso y que quería a sus estudiantes, y sus estudiantes a él. Y de pronto se puso a escribir ese librito, *El Saulchoir, una escuela de teología*. En realidad el librito no mostraba lo que era el Saulchoir, sino la *idea* que el padre Chenu se hacía del Saulchoir. Y esta idea del padre Chenu era siempre el punto de vista de la historia, y de la historia de los dogmas, que él enseñaba. Él mostraba que había que darle a la teología un nuevo rumbo: la integración de la historia con los mismos derechos que la metafísica subyacente a la teología. Eso es lo que fue condenado. Si el padre Chenu hubiera mostrado el complemento que la historia puede aportar al aspecto dogmático, hubiera estado muy bien. En el fondo, es lo que él hacía en sus cursos de historia de los dogmas: exponía todas las circunstancias de tiempo y de lugar, todo el condicionamiento en que habían nacido los grandes Concilios, y mostraba que ese condicionamiento histórico era importante para comprender mejor lo que se había afirmado. Todo eso estaba muy bien y los cursos del padre Chenu eran apasionantes. ¡Yo me apasioné por los cursos del padre Chenu! Los quería mucho. Me apasionaban tanto que el padre Dehau mismo me dijo: «Ya que tú eres metafísico

y que la inclinación normal de tu inteligencia es a nivel filosófico, haz una tesis con el padre Chenu sobre un punto de la historia de la Orden».

Una de las cosas que me hacen decir esto ¡es que yo sabía cantidad de cosas que ocurrían en los consejos de estudios! El padre Chenu me las decía... No era él quien estaba en oposición a mí, en absoluto. Al contrario, me animaba lo más que podía, porque me quería, y este lado afectivo importaba mucho en él. ¡Además era muy simpático! Otros, en cambio, como el padre Deman, se me oponían. Reconozco que a veces yo lo provocaba. Así, en el momento en que yo pasaba el lectorado, el padre Deman enseñaba teología dogmática, así pues, el pecado original. Pues bien, en cuanto el padre Deman aludía a los dones del Espíritu Santo o al pecado original (dos dominios en los que había que tener una cierta perspectiva metafísica y que él comprendía a su manera, es decir: totalmente antropológica), nos decía cosas que no eran del todo según la gran tradición tomista, la de santo Tomás. Él se quedaba a nivel moral, a nivel de la prudencia. Yo iba a su curso en actitud de franca oposición, llevando los gruesos volúmenes de Juan de Santo Tomás, los abría de par en par frente a él y, mientras él criticaba a Juan de Santo Tomás, los leía. En ese momento yo era, pues, muy mal estudiante, en estado de violenta oposición hacia el padre Deman. El padre Chenu estaba de mi lado, porque no estaba de acuerdo en lo más mínimo con ese aspecto moralizante del padre Deman; pero evidentemente, con mi actitud, yo sembraba cizaña, hasta el punto en que me tocó hacer la *venia*, como se hacía en aquel entonces cuando uno, de hecho, se había opuesto demasiado ostensiblemente a lo que decía el profesor.

—¿Qué era la *venia*?

—Era pedir perdón, al fin del curso, prosternándose a todo lo largo sobre el suelo. Se hacía también en caso de

alboroto, pero de mi parte había sido más que alboroto, había sido una violenta oposición.

El padre Deman sabía muy bien que yo formaba parte de aquellos que no lo seguían en su curso, que no estaban de acuerdo con lo que decía. Entonces, en un momento del examen del lectorado, el padre Deman me hace una pregunta sobre la materia de su curso. Yo sabía muy bien lo que él había dicho, pero, no estando de acuerdo con eso, había releído atentamente lo que decía santo Tomás y tratado de comprenderlo. En ese momento dudé: como estudiante, ¿debía decir simplemente lo que el profesor había dicho, repetirlo correctamente, o decir el pensamiento de santo Tomás? Entonces me dije: «Bueno... Juguemos el juego a fondo: voy a decir lo que santo Tomás dijo», y expuse lo que me parecía ser el pensamiento de santo Tomás. Me jugaba el todo por el todo, y ocurrió que el padre Deman me puso una muy buena calificación, cuando normalmente me ponía mediocres calificaciones, lo cual era sabido en el Consejo de Facultad; el padre Chenu (entre otros, porque también lo hacía el padre Héris) me lo decía.

Ese día, cuando se dijeron las calificaciones y el padre Deman dijo la suya, todo el mundo exclamó: «¡Oh!», con una carcajada. Entonces el padre Deman simplemente dijo (me lo contó el padre Chenu): «Me he visto forzado». ¡Vean al padre Chenu contándome eso! Bien que nos reímos...

En cuanto al padre Héris, que enseñaba Dogmática y Metafísica, me decía: «Ud. es mi muleta, ¡porque solo Ud. cree aún en la metafísica!». También estaba mi hermano, el padre Réginald, que murió durante la guerra: «Ustedes son mis dos muletas, porque Ustedes creen en ella». Lo que prueba que el padre Héris sentía muy bien que el terreno estaba ya minado...

El error del padre Chenu fue el de haber cargado, en su libro, el acento solamente sobre la perspectiva histó-

rica, cuando en realidad eso no era él, ese no era su pensamiento profundo. El padre Chenu, ya lo dije, nunca estuvo opuesto a la metafísica, pero alentaba siempre en el sentido de la historia, tanto que un día yo le dije: «Ud. es hegeliano, padre mío, pone a la historia al mismo nivel que la metafísica, sin ver que, haciendo eso, ataca la metafísica». Él me replicó: «¡Pero si nunca he leído a Hegel!». Entonces yo le dije: «Pues debería haberlo leído para comprender que es muy grave. Ud. es historiador, pero ha tenido una formación tomista y quiere a santo Tomás, por lo que jamás se opondría a santo Tomás, y Ud. quiere que haya siempre metafísicos en el Saulchoir».

En su librito, él mostraba que en el fondo la historia de los dogmas era *el* gran curso del Saulchoir y que en el Saulchoir se seguía esa perspectiva. ¿Qué pasó, entonces? Cuando se supo su condenación en el Saulchoir, se dijo: «¡Es el padre Garrigou el que hizo eso!», cuando en realidad para nada había sido él. El padre Garrigou le había escrito al padre Chenu diciéndole: «Es muy grave lo que Ud. acaba de hacer, porque se pone en una posición que es totalmente ajena a la gran tradición tomista». Debido a que el padre Garrigou había escrito eso, se dijo: «Es el padre Garrigou», pero para nada fue él. Otro padre, que formaba parte de la Provincia y que estaba también en Roma, le había enviado al padre Chenu, a quien quería mucho, una carta que el padre Chenu me mostró y que decía: «¡Es una loca imprudencia lo que Ud. acaba de hacer! ¡Cuando se lanza piedras a un estanque lleno de ranas, ellas se ponen a croar!».

¿Qué es lo que pasó, pues? Que un estudiante de la «Gregoriana», en Roma, el cual hacía una tesis sobre teología, se sirvió del libro del padre Chenu para sacar argumentos que demostrasen que la teología, en nuestro tiempo, debía ser una teología de la historia, citándolo todo el tiempo. Su director de tesis, que no estaba de acuerdo con él, vio en qué se apoyaba, por lo que consultó

el opúsculo y fue él quien lo presentó al Santo Oficio. No fue en absoluto el padre Garrigou; él hizo incluso todo lo contrario: defendió hasta el fondo al padre Chenu, por ser un hermano. Pero el libro fue presentado ante el Santo Oficio y el Santo Oficio lo condenó, sin pedirle al padre Chenu —algo muy doloroso para él— que viniera a defenderse, que es lo que se debería haber hecho (cabe decir que esto fue durante la guerra, en que era difícil ir a Italia). Se le condenó sobre la única base de su escrito y, a raíz de este escrito, quedó la duda de si todo el Saulchoir estaba verdaderamente en esa línea, de ahí la visita al Saulchoir para verificar si era todavía sano desde el punto de vista doctrinal o si, de hecho, estaba bajo esta única perspectiva histórica. Así es como sucedió todo.

—*¿Y quién hizo la visita?*

—El que fue nombrado para hacer la visita fue el padre Garrigou. Normalmente debía ser él. No hay que olvidar que el padre Garrigou era de la Provincia de París, de la que formaba parte el Saulchoir, así es que era él quien debía venir, pero le advino un intenso pavor de venir al Saulchoir. Habiendo sido un antiguo profesor ahí que pronto partió para Roma, cobró miedo y suplicó al padre Thomas, quien era profesor en ese entonces en el Angélico, en Roma, lo reemplazara. El padre Thomas aceptó; yo pienso, empero, que debió haber rehusado, porque él mismo había sido profesor en el Saulchoir y yo mismo era profesor en él.

—*¿No sería él también muy joven para hacer tal cosa?*

—Sí, pero sobre todo que era antiguo profesor. Comprenda Ud., cuando se es exprofesor de una facultad, no se regresa para juzgarla.

Así es que yo asistí durante esta visita canónica, más aún: ¡yo mismo fui visitado! Yo estaba ligado al padre Thomas, a quien quería mucho, y ligado al cuerpo profe-

soral del cual yo formaba parte. Estaba en una situación bastante difícil. Cuando vi la atmósfera, me dije: «Si hubiéramos estado en la Edad Media, ¡no sé qué se le habría hecho al padre Thomas!». No se le envenenó, pero... Yo estaba dentro y veía bien la división, ¡porque había una verdadera ira en el Saulchoir por recibir una visita así! El resultado de la visita fue que el padre Chenu —evidentemente— no podía ser ya rector. Entonces —nueva metedura de pata— se nombró rector al padre Thomas. ¿Acaso conviene nombrar rector a quien, habiendo sido visitador, tuvo que condenar a su predecesor? Esa fue la segunda metedura de pata y yo estaba dentro; yo vivía todo eso en primera fila.

—*Así es que se nombró rector de estudios, en lugar del padre Chenu, a su hermano, el padre Thomas. El ambiente debió haber sido espantoso, muchos le debieron de haber sido hostiles, ¿no?*

—Sí, evidentemente. Querían al padre Thomas, afectivamente, pero no podían soportar la nueva situación. ¿Debió haber rehusado el padre Thomas? Él se daba bien cuenta de lo imposible de su situación. Si aceptó el cargo (yo lo sé, porque en aquel tiempo él hablaba muy libremente conmigo), fue verdaderamente por amor al padre Chenu y al Saulchoir. ¿No es eso lo más dramático de todo? Otro hubiera sido sin duda mucho más duro. El padre Thomas era plenamente consciente de ello y me lo dijo. Pero su situación, hay que reconocerlo, era imposible.

—*Entonces, ¿que se le hizo al padre Chenu? ¿Le impidieron enseñar?*

—No sabría decirlo exactamente. Sé que debía ser momentáneamente excluido. Lo seguro es que era una situación muy dolorosa para él. Sufrió mucho, me lo dijo personalmente, pues siempre estuvimos muy unidos afectivamente.

—*¿Qué pasó con el Saulchoir a partir de entonces?*

—Continuó, ¡pero muy alicaído! No podía ser de otro modo. Gracias a Dios yo fui enviado a Friburgo en 1945. ¡Eso es lo que me salvó! Porque verdaderamente no era fácil...

Vista cincuenta años después, esta nominación a Friburgo toma todo su significado... De hecho supe —siempre por el padre Chenu— que, más o menos seis meses antes, el Instituto Católico de París había pedido al Saulchoir un profesor en filosofía. Ahora bien, solo había dos «candidatos» posibles: el padre Dominique Dubarle y yo. El padre Deman se opuso a mi nombramiento porque, según él, yo era demasiado joven (tenía treinta y tres años) y ocurrió que, seis meses más tarde, la universidad de Friburgo reclamó a su vez un profesor en filosofía; y el padre de Menasce, que en Friburgo ejercía gran influencia, me reclamaba allí particularmente. Es así como fui enviado a Friburgo. Faltó poco, pues, para que hubiese sido nombrado en el Instituto Católico de París, y la evolución de los acontecimientos habría sido otra...